

# La lectura como viaje

Metáforas sobre la lectura IV

por Víctor Moreno\*



*Penúltimo capítulo de las reflexiones de Víctor Moreno sobre las distintas metáforas que se han empleado para hablar de las excelencias de la lectura. Una de las más desafortunadas comparaciones que se ha utilizado es, en opinión del autor, la que sitúa en un mismo plano los actos de leer y viajar, en principio antagónicos por definición. La lectura, pues, como viaje es una imagen socorrida y poco adecuada, lo que se plantea en este texto de forma sorprendente e irónica, no exenta de provocación.*



«[...] en esta era del jet y del turismo organizado viajar es leer buenos libros de viajes; a todo más, arrellanarse en un sillón con un atlas del siglo pasado en las manos y levar anclas.»

(B. Fernández Pérez, *Los Cuadernos del Norte*, nº 9, 1981.)

«Entramos en un libro como en un vagón de tren, con miradas atrás, vacilaciones, el fastidio de cambiar de asientos y de ideas. ¿Cómo será el viaje? ¿Cómo será el libro?»

(Jules Renard, *Pensar no basta*, Barcelona: Península, 1996.)

**M**e parece a mí que tan imposible como inútil es convencer a nadie de la tontería o idea feliz que es comparar el acto de leer, complejo donde los haya, con un viaje. Y no sólo viaje, sino, también, excursión, vagabundeo, paseo, recorrido y nomadismo. Sin embargo, resulta habitual ver asociados dos términos que, en principio, denotan no sólo significados antagónicos, sino que, en el colmo semántico de los colmos, para llevar a cabo dichas actividades la primera requiere inmovilismo total y la segunda todo lo contrario. Carlos García Gual dice que «leer a Platón o a Virgilio tiene algo de excursión» (*El País*, 22-I-1987). Así será, si así lo dice el erudito y excelente prosista. Ahora bien: ¿excursión cómo?: ¿a pie, en bicicleta, en barco o en avión? ¿Excursión intelectual, sentimental, poética? ¿Y por qué no? ¿Y por qué sí? Bueno. En principio seré comprensivo con estos aventureros pasivos que, desdeñando o no pudiendo enrolarse en un ya imposible velero de tres palos, se embarcan como en una aventura a la búsqueda de los mundos reales o imaginarios encerrados en los relatos de viajes. Raymond Queneau, al comentar la novela *El canto de la tripulación*,s dijo de su autor, Pierre Mac Corlan, que para satisfacer sus ansias de aventura no se había alistado en la legión, sino que lo había hecho en la literatura. Ya.

Estamos, no sé si para bien o para mal, muy acostumbrados a sostener que toda literatura es una suerte de viaje, cuando hoy, curiosamente, ya nadie se cree que



existan verdaderos viajes. Chesterton ya dijo que el hombre moderno es semejante al viajero que olvida el nombre de

su destino y tiene que regresar al lugar del que partió para averiguar incluso dónde se dirigía. Y es que, por mucho que nos pese, establecer una separación excluyente entre sedentarios e itinerantes es frontera artificial. El lector maniático puede refugiarse en sus lecturas y evadirse así del mundo que le rodea, pero, ojo, que no piense que haciéndolo se pondrá a viajar como si lo hiciera en una estupenda *Hispaniola*.

Asociar dos conceptos, no sólo aparente sino realmente contradictorios entre sí, como son leer y viajar, es tan atractivo como falso. Pero, así como no es nada sencillo saber si un libro es necesario o no, tampoco es fácil desmontar o apuntalar esta metáfora; en especial, cuando hemos observado que ha servido históricamente para mantener en pie una de las ideas más queridas a esta civilización libresca occidental: la formación del sujeto mediante la experiencia que proporcionan los libros y los viajes.

Si aplicamos a ambos conceptos aquello que Nietzsche denominaba «óptica sublime»; es decir, si nos disponemos a mirar bien las apariencias de las cosas, que son, en definitiva, su realidad, lo primero que observamos es lo atrevido que resulta identificar ambos conceptos o términos.

El viaje es ruptura drástica con la monotonía, con la rutina, con la normalidad supuestamente uniforme y homogénea. Las ensoñaciones, tanto físicas como afectivas e intelectuales, que se generan antes de efectuar un viaje no tienen comparación alguna con las que provoca la lectura de un libro. El viaje se asocia a la posibilidad y a la improvisación. En el viaje, todo deviene de primera mano. El viaje es prontitud, almacenaje de sensaciones, disponibilidad total; en suma, dinamismo a raudales.

La lectura, por el contrario, exige quietud, estatismo, rutina, linealidad temporal. Para leer es necesario abrirte paso en medio de las ordinarietas cotidianas. Aunque, en ocasiones, uno se vea obligado a encontrar un hueco para leer, ello no supone ruptura alguna; a lo sumo, cierta suspensión temporal. No hay desplazamiento físico, sino acomodo perezoso. Leer no será nunca un viaje. Leer es más reducido, más ensimismado que viajar; leer moviliza lo que



está o se tiene en reserva. Leer es acoplarse a la dinámica del tiempo. En el viaje, el tiempo se vive como don. En la lectura, se suspende o se lucha contra él. En la lectura, hay, sobre todo, elaboración mental. En el viaje, mirada sensitiva. Leer es, antes que nada, una experiencia intelectual, mientras que viajar lo es de la sensibilidad total del individuo, o, mejor dicho: puede serlo o no, en ambos casos.

En un viaje te encuentras desposeído de todas las referencias, de las propias y de las ajenas, sobre todo si viajas solo. Es más, en un viaje esas referencias no suelen servir de gran ayuda, cuando te enfrentas directamente con lo real. En el viaje se da un adanismo cuasi virginal; cosa que no sucede en la lectura, a la cual te enfrentas con todos los referentes habidos y por haber. En un viaje puedes perderlo todo, incluso la vida. En un viaje solitario eres más sensible y más vulnerable.

## Turistas y viajeros

Así como hay avispados que distinguen entre lectores verdaderos y lectores falsos, también, existen expertos que diferencian entre viajeros de verdad y turistas (siempre he pensado que los viajeros se dividen en dos clases únicas: las que tienen dinero y las que no lo tienen). Lo curioso del caso es que las caracterizaciones que se hacen de unos y de otros coinciden con las mismas cualidades y defectos que, canónica como maniqueamente, se vienen observando en los lectores. Paul Morand caía en este mismo embozo al suspirar de melancolía: «Cuando antaño partíamos, el viaje era un sueño, una metamorfosis; íbamos al fin del mundo en busca de un nuevo yo. Hoy nos buscamos en los libros; ya no nos evadimos más que en pos de esos maestros itinerantes durante su vida aventurera, pero hoy inmovilizados por la gloria y por la muerte, que fueron los antiguos viajeros, seguimos sus huellas y descubrimos su osamenta en el desierto de la historia» (Nueva York, colección Austral, Serie Negra, Viajes y Reportajes).

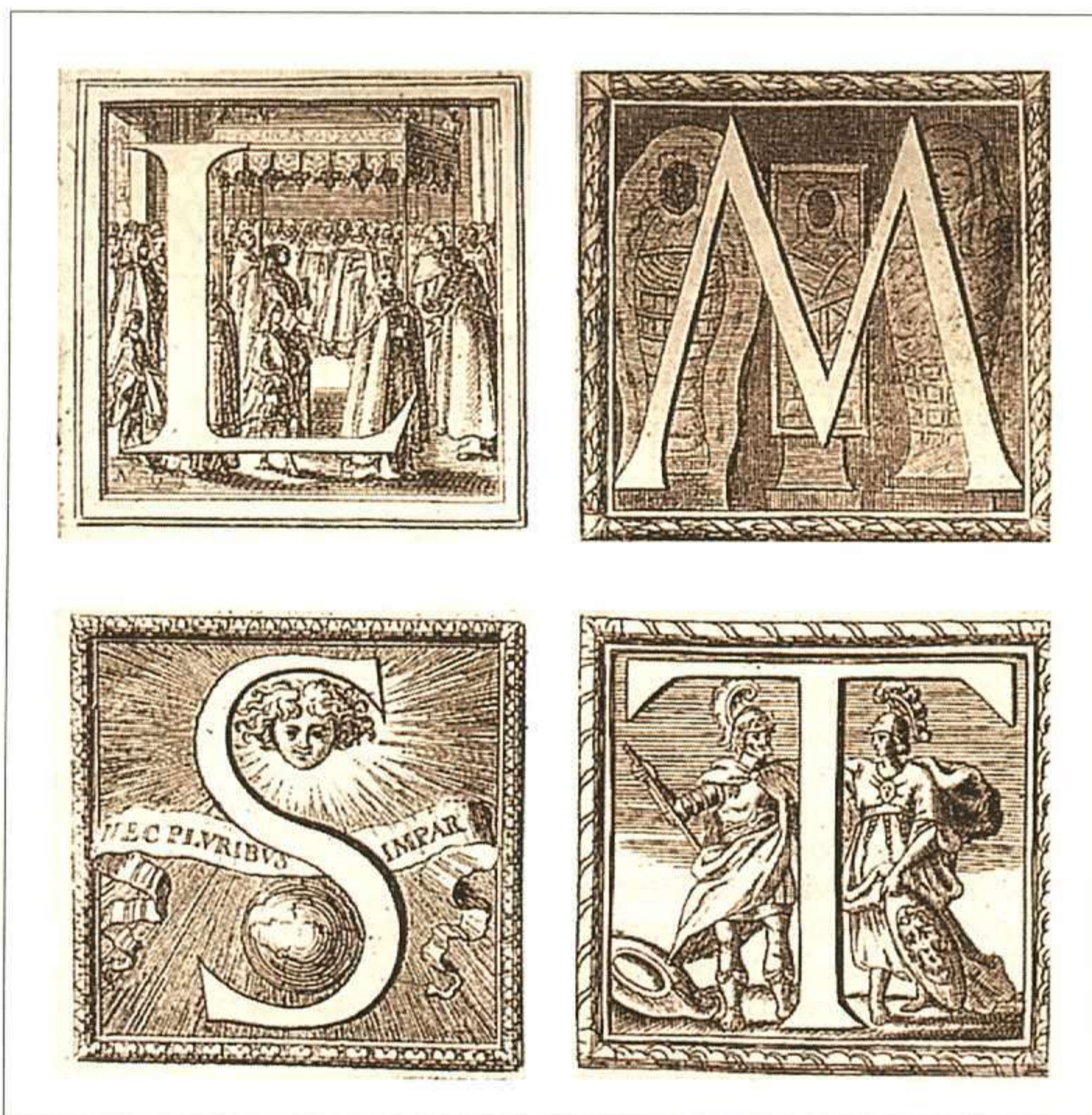
Se ha convertido en un lugar común el menosprecio casi ancestral que sienten

los viajeros por los turistas. ¿Razones? Entre otras, porque los viajeros creen que hacen el viaje que quieren y los turistas, en cambio, el viaje que les dejan hacer; el viajero paga su libertad con el precio de la comodidad, y el turista adquiere ésta con el precio de su libertad. El viajero es un héroe; el turista, un villano. Ya es sabido que lo primero que te preguntan cuando regresas de un viaje es si has ido por tu cuenta o era organizado. «Es que no hay color», te dicen. Ver un edificio en un viaje organizado a hacerlo *motu proprio* es completamente distinto. Visitar las tribus de Nghutu por tu cuenta y riesgo de coger unas fiebres a hacerlo por la vía del viaje organizado no tiene comparación. Es la misma diferencia que se quiere encontrar entre leer un libro sin guía y orientación alguna, y leerlo sin más ortopedia que la propia configuración mental; pero, ¿es lo mismo?

Para colmo de males, los turistas atraen nubes de cuervos: hoteleros, taxistas, operadores, guías analfabetos, ven-

dedores de baratijas e ilusionistas variados. Eso mismo le sucede, claro, al lector vulgarote, ingenuo y torpe. El pobrecillo se deja embaucar por la peor literatura del mundo, que, ¿cuál dijimos que era, la de Vázquez Figueroa? El viajero, en cambio, se vuelve casi invisible y se difumina entre la población indígena, se hospeda en lugares propios, se arriesga, se aventura y vive intensamente el viaje. El viajero viaja y lee profundamente; mientras que el turista lo hace superficialmente. El viajero viaja hacia dentro de sí mismo; el turista hacia fuera. En definitiva, el viajero es quien viaja realmente; y el turista, en cambio, ¿qué, narices, hace el turista?

Los exégetas y puristas de estos vaitenes peripatéticos matizan que estas dos maneras de viajar son, también, dos modos distintos de enfrentarse al texto del mundo: una suave y otra dura. La suave, nos dirán, es como no viajar, como quedarse en casa viendo postales o un vídeo. La dura, en cambio, es de poca beatitud. Se vive lo que existe: el ago-





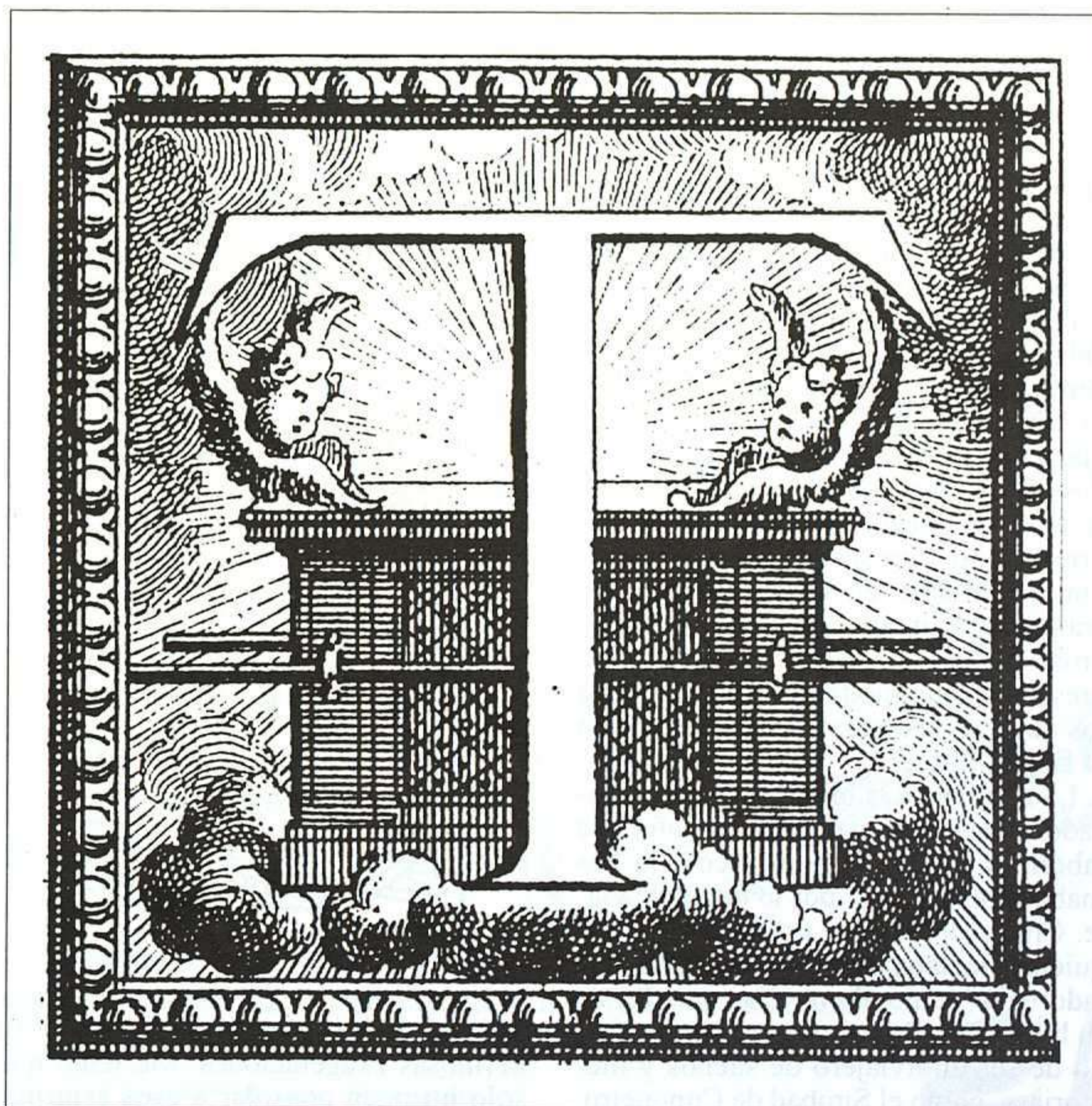
bio constante de las precariedades y el asedio de la realidad brutal. Pero, ¿es tan edificante y tan formativo el sufrimiento, la angustia y la soledad no deseada! ¡Ah! Y lo de buscarse a sí mismo, ¡tan profundo! ¡Oh!

Esta misma tipología de viajeros y simétricos lectores la podemos encontrar en Nietzsche. En *Ecce homo*, por ejemplo, destaca las cualidades del lector que coinciden con las del viajero, del aventurero, del explorador de territorios, de senderos jamás hollados: valentía, autoexigencia, curiosidad, astucia. El lector retratado en *Ecce Homo* se parece a Ulises y a un aventurero en *El anticristo*. Para Nietzsche un lector viajero es aquel que «trata de recorrer con preguntas totalmente nuevas y, por así decirlo, con nuevos ojos, el inmenso, lejano y tan recóndito país de la moral». <sup>1</sup> ¡Guau!

Por el contrario, el lector moderno, según Nietzsche, es un lector turista, un tipo gregario. Su búsqueda se cifra en objetivos limitados y conocidos de antemano, perfectamente determinados en una guía al uso. Su metodología es la de siempre. Nada complicada, ni experimental. No posibilita el ensayo y, por tanto, el error. No hay innovación alguna en sus modos de aproximarse a lo real. No hay resquicio alguno para la sorpresa y la improvisación. Le reconoce las virtudes de la constancia y la voluntad, pero se trata de un lector que no muestra viso alguno de originalidad, de creatividad y de ese «impulso embriagador» por romper lo trazado. En su vocabulario no existe la palabra *enigma* ni *laberinto*. A este lector-turista jamás lo veremos desviarse del camino dibujado en la guía correspondiente. Sigue lo que otros ya han explorado. El lector turista, el moderno, tiene espíritu de rebaño, y, como tal, se siente seguro perteneciendo a un grupo, a una tendencia, a una escuela. Sólo busca lo útil y lo seguro. Como dice J.J. Larrosa, parafraseando a Nietzsche, este lector «sólo sabe oír lo que ya se ha dicho, ver lo que ya se ha visto y pensar lo que ya se ha pensado. El lector moderno sólo es capaz de seguir los hábitos establecidos y las reglas comunes; sólo lee lo que ya ha sido leído». <sup>2</sup> No sé, pero juraría que este retrato me resulta inquietantemente familiar. Familiar y maniqueo.

En mi opinión, todas las personas llevan cosido en los forros de su piel a un explorador y a un inmovilista, a un turista y a un viajero, a un turista accidental y a un no menos accidental Livingstone, supongo. Las dos maneras de viajar, las dos maneras de leer, coexisten en un mismo individuo y ninguna de las dos, por sí sola, agota la pluralidad y riqueza que cada una de ellas contiene. Somos sedentarios e itinerantes de forma simultánea. Por lo demás, hay muchas maneras más de mirar y de ver el mundo, como las hay de mirar y ver un texto. Uno puede viajar como viajero y no hacerse jamás pregunta alguna sobre lo que ve. Y, al revés, uno puede viajar como turista y no parar de hacerse preguntas sobre lo que ve y lo que piensa que ve. El mundo, como el texto, ofrece muchas posibilidades para la mirada. Depende no sólo de los ojos con que miramos sino, también, de lo que estamos

mirando. Leer es, desde luego, ver, pero no sólo. Lo mismo que viajar, pero no sólo. Ver con los ojos del cerebro es muy distinto a ver con los ojos de la cara. Ver un libro puede significar imaginarlo, recrearlo, revivirlo. Ver un paisaje, quizá, sea menos equívoco, menos literario, menos imaginativo que leer. Y podemos ver tanto un libro como un paisaje y no entender nada. ¿Y sentirlos profundamente? ¿Se puede sentir sin comprender? Dice Nietzsche que leer es aquello que «me libera a mí de mí, que me permite ir a pasear por ciencias y almas extrañas —cosa que yo no tomo ya en serio—. La lectura me recrea precisamente de mi seriedad». <sup>3</sup> ¿Es la lectura un paseo «por ciencias y almas extrañas»? Bueno. ¿Nos cura la lectura de la seriedad? Más bien no. A muchas personas la lectura los vuelve taciturnos y les quita hasta el humor. Lo mismo puede suceder con un viaje. Y la





lectura, ¿nos recrea y nos da descanso? Sin duda. Algunos libros deberían venderlos en las farmacias.

## En busca de la propia identidad

Que viaje y lectura aparezcan asociados tan indisolublemente no es casual. Por un lado, la formación del individuo lleva muchísimos años asociándose a la metáfora del viaje. Un viaje que se quiere libre de todas anticipaciones, abierto, sin prefigurar nada, en el que el sujeto intenta construir, a través de diferentes vaivenes, crisis y caídas, su yo interior. Eso en teoría, porque en la práctica si a algo no se parece nada la formación de un individuo es a un viaje de esas características. Buena es la sociedad para permitirse veleidades de este tipo. Por mucho que se quiera adornar con frases hermosas, la formación del sujeto está sometida a todo tipo de encorsetamientos. Que nos consuele aferrarnos a la idea de que somos nosotros mismos quienes nos hacemos, pues muy bien. Sin embargo, si en algo coinciden ilustres sociólogos e intelectuales de la época actual es en caracterizar a los individuos como borregos clónicos y saturados de normalidad uniforme y homogénea hasta la náusea.

Por otro lado, esta misma formación del sujeto se ha encomendado en Occidente casi en exclusiva a la biblioteca, a los libros, o ha encontrado en ellos a sus más convincentes y manipulables aliados. Desde siglos acá, dicha formación se hace inconcebible sin libros. Y esta orientación libresca —que tanto deslumbró produjo en Borges, quien «no era capaz de imaginar un mundo sin libros»— sigue intangible, a pesar de la presencia omnímoda de lo virtual y de los aullidos apocalípticos que anuncian el fin del libro.

La imagen de la biblioteca se ha utilizado hasta la saciedad como metáfora de laberinto —«gabinete mágico», la llamaba Emerson— y, por lo tanto, de viaje. Creo recordar que era Lezama Lima quien se jactaba de que nadie había viajado tanto como él entre las paredes de su biblioteca. Presumía el escritor cubano de ser un «viajero de sueños y memorias», como el Simbad de Cunqueiro.



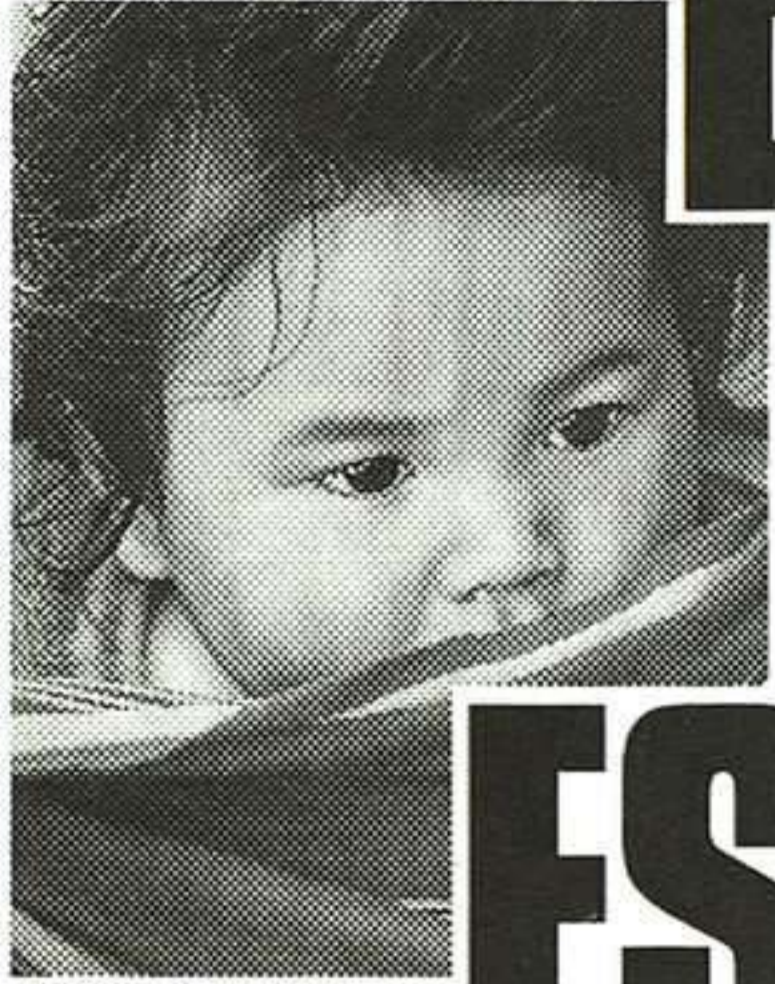
A mí, todas estas frases me parecen hermosas exageraciones. Me temo que sólo busquen consolar a esos espíritus

rutinarios, sedentarios y culones, que llamamos lectores. Imaginar, pensar, creerse de verdad que leer es viajar a través de un mapa de signos que el sujeto tendrá que interpretar bien para no perderse suena muy bonito y nos emparenta con los grandes viajeros aguerridos y osados que en el mundo romántico han sido. Afortunadamente, ninguna de estas personificaciones ocurren en la vida personal. Pienso si este aferrarse a la metáfora del viaje no tendrá su origen en un complejo de inferioridad que nos aqueja a todos los lectores compulsivos que en el mundo somos. Complejo, síndrome o reacción contra la imagen tan estática como topiguera que la sociedad arroja sobre nosotros, los lectores: esos tipos sedentarios de piel blanquísima, ojerosos, insociables, nada prácticos, inútiles, encerrados en sus habitaciones con el único juguete que conocen y pueden manipular.

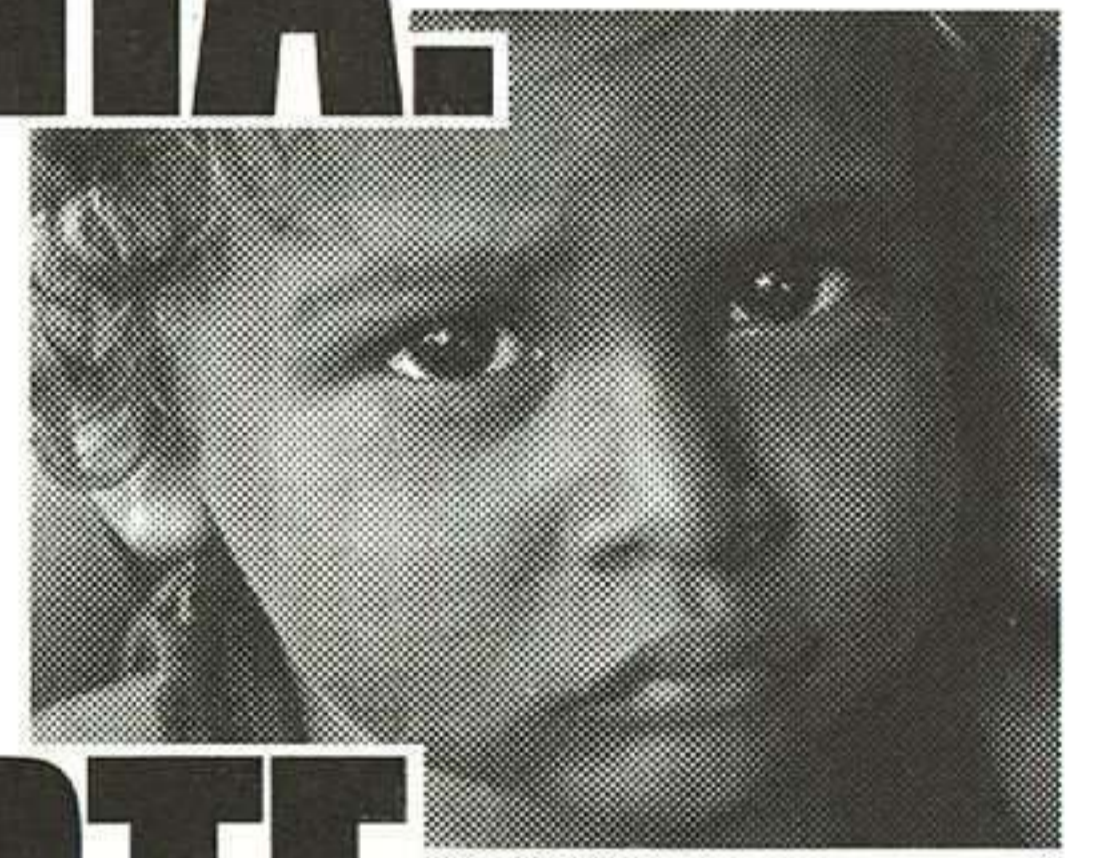
Tradicionalmente, se ha considerado que los efectos de los viajes son también de una eficacia farmacológica insuperable. A finales del siglo pasado, se decía que la mejor manera de curar el nacionalismo era viajando, a lo que un malévolo sabiniano replicó diciendo que «el socialismo se curaba leyendo». No puedo negar que los viajes hayan sido para ciertas personas particulares caminos de Damasco, pero cabe decir que, si en un primer momento pueden remover entrañas intelectuales y afectivas, a corto y a largo plazo, la metamorfosis radical del sujeto suele quedarse en profundas impresiones, es decir, en efluvios y vagidos espirituales.

Se afirma que leer es recorrer un mapa de signos exteriores que, paralelamente, van dibujando el mapa interior del yo. *Hacer este viaje* —o sea, leer— es algo que puede formar, conformar y deformar al sujeto. Nada que objetar, pero siempre estaría bien concretar dichos vaivenes. La lectura no es, desde luego, una ciencia exacta, pero, en ocasiones, quienes hablan de sus efectos parecen entenderla sí. La lectura ni es ciencia, ni exacta en nada. Ésa es su gracia. Lo que ya resulta exagerado es llevar hasta las últimas consecuencias —casi siempre metafísicas y trascendentales— las implicaciones de la metáfora. No veo, por ejemplo, que los riesgos y peligros que

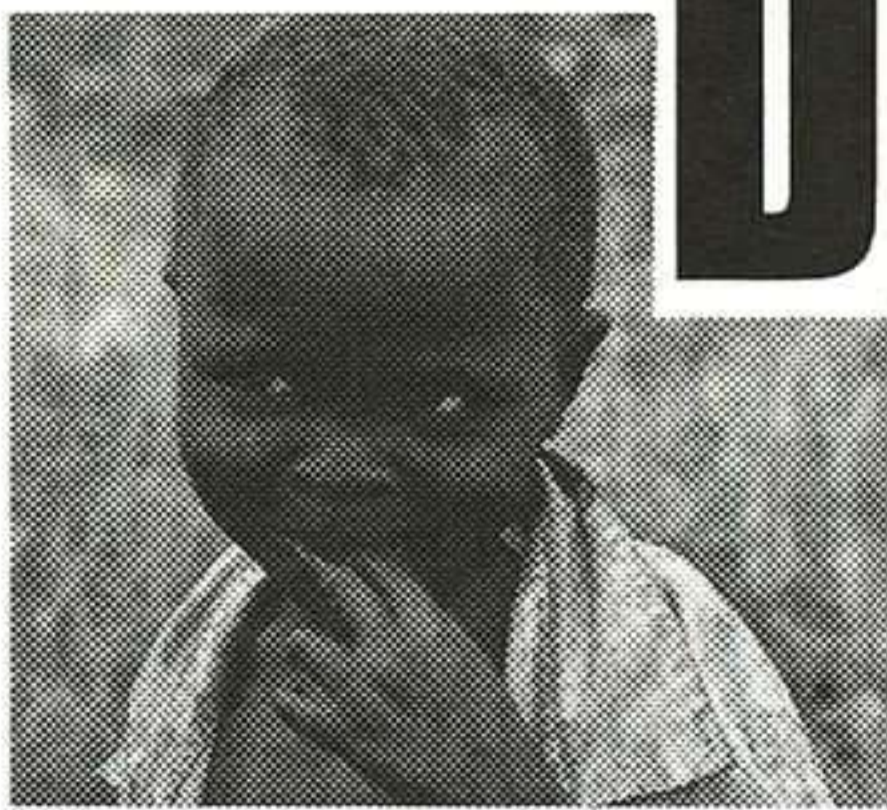




**PARA  
ESTOS NIÑOS  
VIVIR  
ES UNA LOTERIA.**



**TANTO,  
QUE SU SUERTE  
TAMBIEN DEPENDE  
DE UN CUPON.**



SI, DESEO RECIBIR MAS INFORMACION SIN COMPROMISO.

Nombre .....

Dirección .....

Localidad ..... Provincia .....

C.P. .... Tel. ....

28 C/ Tutor, 27. 28008 Madrid. Tel. 559 70 70.  
C/ Balmes, 32, 3º. 08007 Barcelona. Tel. 488 33 77.

**Ayuda en Acción**

Desde  
**1981**

**LLEVAMOS 15 AÑOS TRABAJANDO  
PARA CAMBIAR SU SUERTE.**

*trabajando con el tercer mundo*

Las circunstancias en las que les ha tocado vivir a los niños del Tercer Mundo exigen de todos nosotros una respuesta. No les podemos abandonar a su suerte. Ayuda en Acción trabaja en el impulso y la realización de Proyectos de Desarrollo Integral para las comunidades más desfavorecidas. Infórmate. Envíanos el cupón y entre todos podremos llevar la esperanza a quienes más lo necesitan.

**Actúa. Apadrina un niño. (91) 559 70 70. (93) 488 33 77.**





sí veo en un viaje estén en la lectura. Comparar al mismo nivel los riesgos de la lectura con los de un viaje es una tonta o piadosa —valga la redundancia— exageración.

Y cuando se dice, como la cosa más maravillosa del mundo, que cada lector es un viajero distinto, no se dice nada significativo, porque es de una gélida obviedad, o, si se prefiere, un lugar común más falso que un duro de seis pesetas. Eso se lo decimos a todas y a todos.

Todos somos distintos. Pues sólo faltaba eso: que fuéramos clónicos perdidos como la borrega primogénita de Dolly. Idéntica falacia argumentativa se perpetra cuando se advierte que todo libro y todo viaje tiene sus particulares sorpresas. Es la ilusión publicitaria de todos los viajes y de todas las lecturas: a la vuelta seremos distintos; y distintos quiere decir, por supuesto, mejores en todos los aspectos. ¿Sí? ¡Qué ilusión! ¡Orgullosos tendríamos que estar de los

libros que no leemos, pues, al no hacerlo, nos evitamos sufrir tantas y tan desagradables sorpresas!

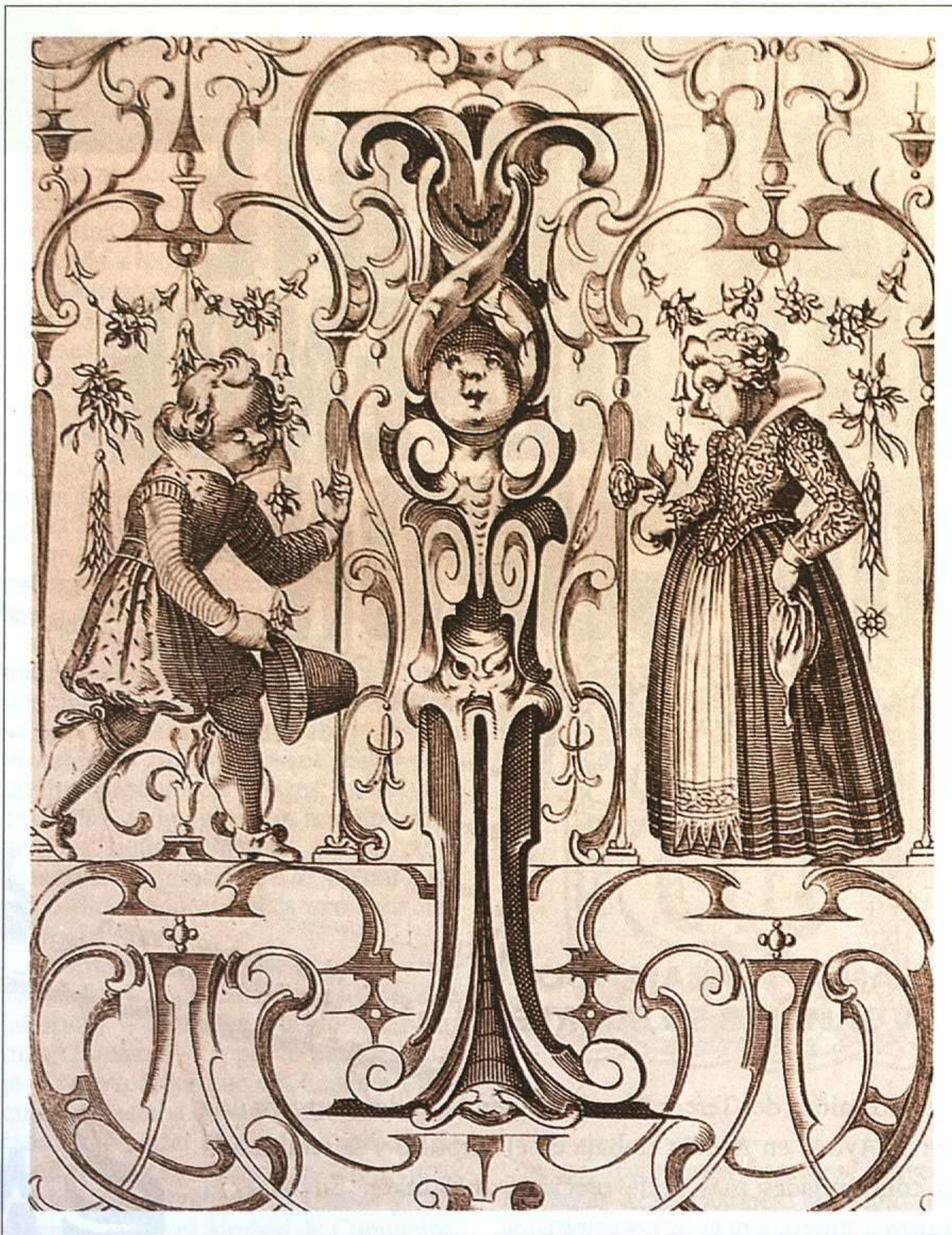
## Tópico de las novelas de formación

Todas las novelas denominadas de formación —*bildungsroman*— suelen presentarse bajo el marbete de novelas de viajes. Naturalmente, al interior de uno mismo. Vayas donde vayas, lo que está en juego es el cogollo de la identidad personal.

El crítico sagaz que es Constantino Bértolo interpreta ese «cogollo interior» de la siguiente manera: «La narración es una de las formas de construcción de la identidad. Lo que llamamos el yo es una narración, lo que llamamos nación es una narración. El pasado es una narración y el futuro es una propuesta narrativa todavía no publicada. A través de la narración se le pide al lector la experiencia de la comprensión: como acto cognitivo y como acto moral» (*El País*, «La responsabilidad narrativa», 18-IV-1998). He aquí, sí señor, una excelente síntesis de lo que sea el acto de leer: un acto cognitivo y moral.

Precisemos un poquito más. Quizás toda esta martingala conceptual de la construcción de la identidad personal tenga su origen en la interpretación que Adorno y Horkheimer realizaron sobre el yo occidental, simbolizado en Ulises. Según estos exégetas, Ulises construye fatigosamente su identidad y su dominio —sobre Itaca, sobre su tripulación y su propio dominio— renunciando a las sirenas, a Calipso y a la flor de loto; es decir, resistiendo a la tentación de abandonarse a la beata indiferencia en el seno de la naturaleza. Pero no solamente contamos con Ulises. También existen otros héroes —o contra héroes— para quienes esa dichosa construcción de la identidad personal, además de ser un espejismo, es una lata.

Por ejemplo, en las novelas de Musil el individuo se asemeja a una metrópoli anónima, inorgánica e inconexa y en la que todo es extravío, desequilibrio y asimetría. Es decir, un buen espejo para mirarse e identificarse con cualquier cosa menos con un sujeto kantiano, autóno-





mo y lúcido. Y es que, tal vez, nos consideramos compactos como un continente, cuando, en realidad, no llegamos a ser ni un archipiélago.

La segunda en la frente nos la da el escritor Hamsun. En su relato *Misterios* presenta a un yo desquiciado que se descompone en fragmentos y cuya identidad no existe más que a base de trocitos. Y el caso de Strindberg, tercera pedrada contra la identidad, resulta definitivo. Al hilvanar su biografía en tercera persona dice: «No llegó a ser jamás él mismo, jamás algo en sí, jamás un individuo concreto».

En fin, la crisis del sujeto —bien descrita en la literatura de este siglo— arrastra consigo el ideal de Goethe de *Bildung*, esa formación total del individuo que evoluciona desarrollándose de manera integral, ¿como el arroz? Para estos escritores, contemporáneos, la discontinuidad del sujeto deriva de la falta de todo fundamento. Porque todo fundamento es engañoso y claudicante: es el mar sin fondo de la vida, en el cual se cae en el mismo acto de nacer, en palabras de Conrad. A diferencia de Ulises que vuelve a casa enriquecido y que representa el camino del sujeto que mediante sus aventuras alcanza la verdad de sí mismo, su propia identidad y conciencia de sí, nos topamos con el héroe de Rilke, un hijo pródigo que no vuelve a la casa paterna sino que sigue adelante; es el individuo nuevo que no aprende a conocerse a sí mismo —o sea su propia identidad sustancial— sino a cambiarse a sí mismo, descubriendo que no posee sustancia unitaria alguna, sino que es solamente un proceso de cambio.<sup>4</sup>

Con estas notas quiero sugerir que cada teórico utiliza la tradición literaria y ensayística que le interesa para fundamentar sus posiciones. Lo curioso del caso, y esto es lo que realmente me interesa recalcar, es que, mientras la literatura de adultos narra la imposibilidad de construirse una identidad propia, la dedicada, supuestamente, a los jóvenes y a los niños se presenta como el imprescindible trampolín ilustrado para ello. Curioso procedimiento. Primero, se les dice a los niños y adolescentes que, gracias a la literatura de viajes, construirán su identidad, y luego, cuando accedan a leer a los *adultos*,

éstos les informarán nuevamente de que dicha identidad es un fiasco y un camello. Paradójico.

Para algunos conocedores de estos entresijos, los relatos para jóvenes narran la formación del propio héroe merced a las experiencias de un viaje que, por uno u otro motivo, se ve, voluntariamente u obligatoriamente, impelido a realizar. Fernando Savater, que de esto dicen que sabe mucho, asegura: «El adolescente, todavía en el ámbito placentario de lo natural, recibe la llamada a la aventura, en forma de mapa, enigma, relato fabuloso, objeto mágico...; acompañado por un iniciador, figura de energía demoníaca a quien juntamente teme y vence, emprende un trayecto rico en peripecias, dificultades y tentaciones; debe superar sucesivas pruebas y, finalmente, vencer a un monstruo o, más generalmente, afrontar a la Muerte misma; al cabo renace a una nueva vida, ya no natural, sino artificial, madura y de un rango delicadamente invulnerable».<sup>5</sup> ¡Qué bonito! ¡De un rango delicadamente invulnerable!

El adolescente, según Savater, gracias a esta lectura/viaje recibe «lecciones del abismo» y aprende a cincelar su voluntad mediante «las fuerzas indomables de lo oculto». Más aún, el adolescente podrá disfrutar de «los paradójicos gozos de la resignación» y, cual filósofo en agraz, descubrirá «la significación implícitamente metafísica del riesgo y del descubrimiento» y se extasiará ante «el silencio feroz de lo primitivo».

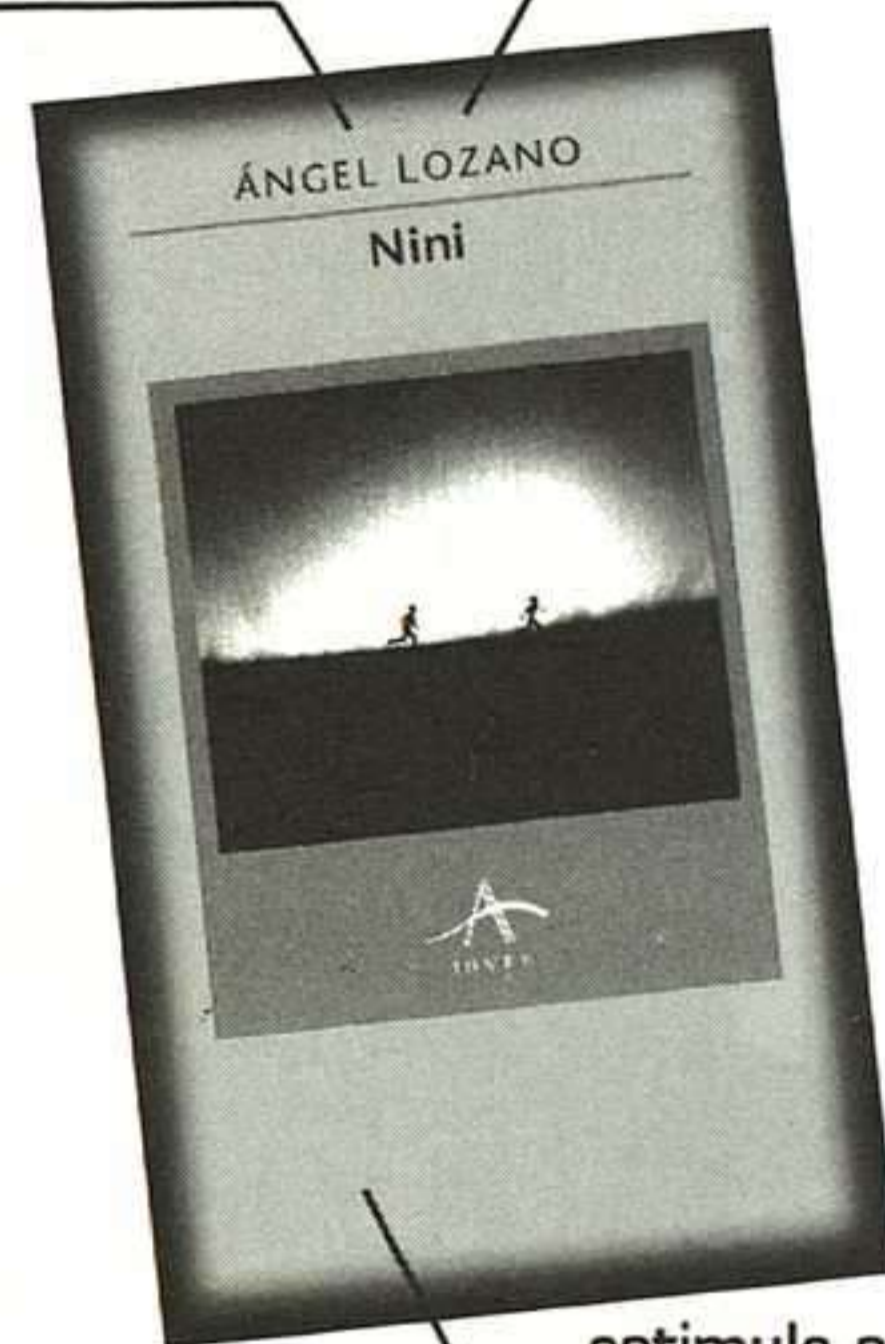
Y todo esto, ¿para qué? Savater responde: «El resultado del ritual/rito de iniciación puede servir a propósitos hondamente distintos ya que puede ser tanto la virilidad como la resignación, el enriquecimiento de posibilidades o la aceptación de su finitud».<sup>6</sup> Dicho con menos coña metafísica: lo que hace el lector, siguiendo las peripecias iniciáticas del protagonista-viajero, es formar su conciencia, su sensibilidad y su carácter. El viaje exterior del héroe se enlaza con el viaje interior del lector, y en un juego de identificaciones y de reverberaciones del bazo, del corazón y de las demás vísceras del cuerpo humano, el lector alcanza una nueva conciencia de sí mismo, del mundo y del Big Bang. Impresionante, ¿no? La verdad es que los adolescentes son

estimula su mente

"Nini" de Ángel Lozano y "Los hijos de Munia" de Blanca Sanz, dos nuevos libros de la colección Alba Joven para que los jóvenes disfruten leyendo y mucho más. Porque leer también es estimular la mente, es despertar, es aprender, es formarse, es educarse.

estimula su interés

estimula su conocimiento



estimula su fantasía

estimula su creatividad



estimula su curiosidad

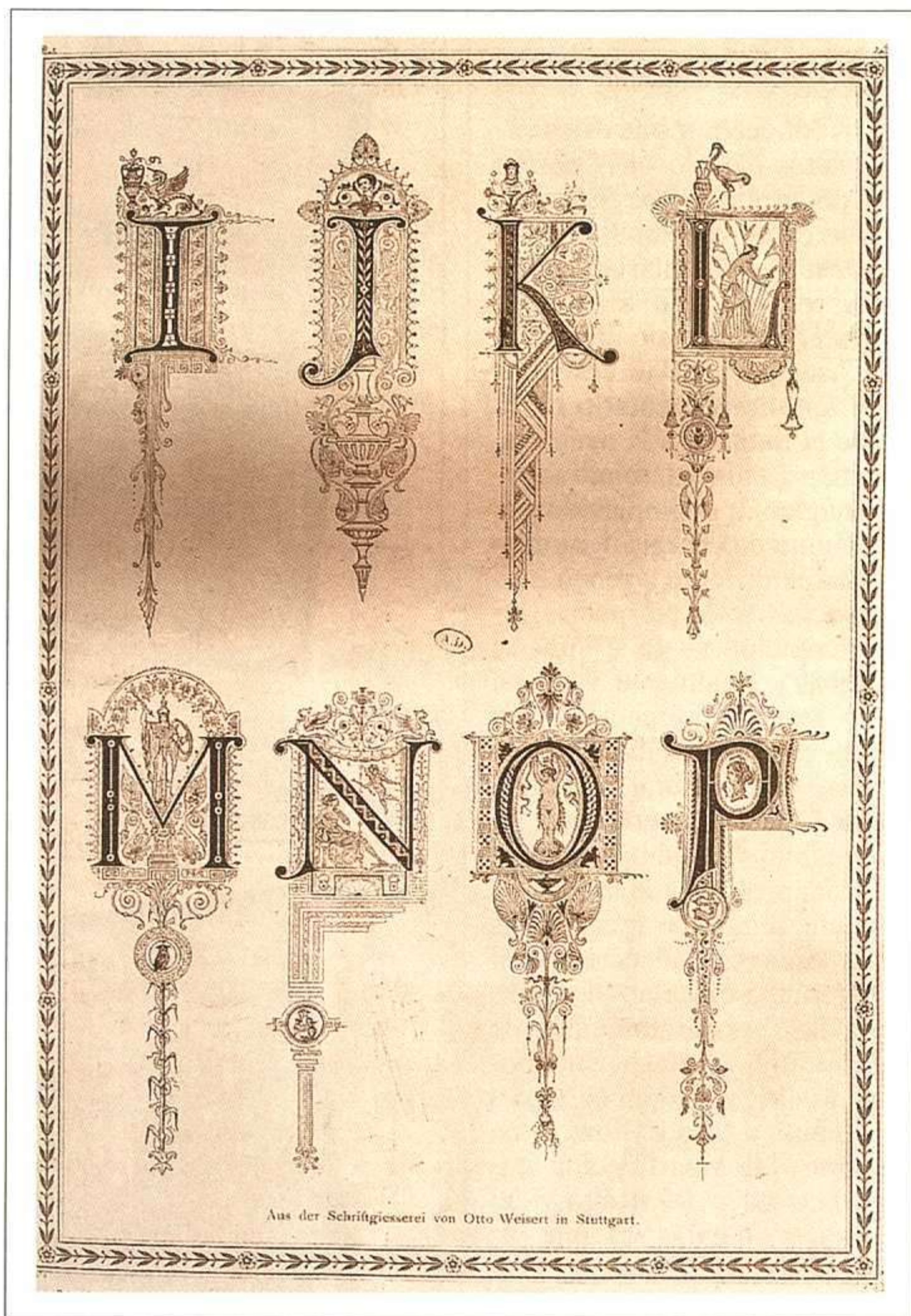
ALBA JOVEN. Mucho más que un libro.



EDITORIAL

Alba Editorial, s.l.





unos desagradecidos y unos ingratos. ¿Cómo pueden renunciar a la lectura de un libro de viajes con la cantidad de escalofríos y gozos éticos que les puede suministrar?

Son tales las proteínas de la purrusalda narrativa de estos viajes que incluso se sostendrá que, si estos libros de viajes no se leen en una determinada edad, se habrá perdido algo irreparable en la formación de la persona. Siguiendo este impecable sistema de análisis lector poco faltará para sostener que el déficit democrático de la sociedad se debe a la falta de consumo narrativo. Bueno, Constantino Bértolo ya sugería, en el mismo artículo señalado, que lo mejor que podría hacer el Gobierno Vasco —aunque

no el de Madrid o de Extremadura— es hacerse con los buenos consejos de un experto en narratología. ¿Como Bértolo? Seguro, porque, ¿quién mejor si no para cubrir esa plaza de asesor áureo del futuro *lehendakari* que alguien que ha escrito que «debajo de los conflictos nacionalistas subyace siempre un conflicto entre narraciones que se viven como diferentes, como contrarias o como complementarias»?

### Colonización de la infancia

Ignoro quién fue el primero en presentar la lectura como viaje. Pero puede asegurarse que algunos tópicos enuncia-

dos acerca de la lectura y el viaje podemos encontrarlos en Montaigne. En sus *Ensayos* están algunas de las referencias que, más tarde, serán explotadas literaria y pedagógicamente acerca del reflejo interdependiente entre leer y viajar. La misma biblioteca será reducida, o, si se quiere mejor, elevada a la categoría de laberinto en el que, naturalmente, conviene orientarse para no perderse en él y quedar atrapado en sus recovecos. ¡Qué miedo! Y, a su vez, el viaje se presentará como conjunto de signos, como un mapa que hay, faltaría más, que saber leer e interpretar. De ahí a decir que leer es viajar y viajar es leer no hay más que un suspiro. ¡Ay! Y así aprender a leer será aprender a viajar, y viceversa.

Eso sí, en Montaigne hay un detalle que le honra y es el siguiente: podemos hacer todo tipo de preparativos tanto para leer como para viajar y no dar con ningún puerto ni ensenada seguros. Y eso, aunque viajemos en el más perfecto de los cúter. Leer, como viajar, no puede programarse. Leer es un proceso que nadie puede controlar. De ahí que las reflexiones que hace Montaigne sobre la escritura y la lectura se tiñan de ese carácter fragmentario de la divagación y, en muchos casos, de la extravagancia literaria y psicológica más enardecida. Empezamos a leer, empezamos a viajar, y nadie sabe qué sucederá..., aunque es muy posible que, a estas alturas, sepamos angustiosamente qué sucederá: nada. Algo que el propio Montaigne comenzó a saber cuando se murió su amigo De La Boétie.

Serán Descartes y Rousseau quienes no se traguen la metáfora *identitaria* entre viaje y lectura y la tiren por la borda de su escepticismo y de su más que estrecho moralismo. Para empezar se cargan de varios plumazos la figura de la biblioteca como espacio privilegiado de la formación humanista. Conceden importancia a los libros, pero les niegan el privilegio de ser el hontanar predilecto en la educación personal. Y, para seguir, arremeten contra los viajes —eso sí, tras haberlos realizado—, ya que, sobre todo según Rousseau, son un hervidero de ambigüedad moral e inútiles, aquí coincide con Descartes, para el desarrollo cognitivo y ético del individuo.

Ya se dijo que para Descartes «es casi



# La cultura pasa por aquí



AV Monografías	La Caña	ER, Revista de Filosofía	Litoral	RevistAtlántica de Poesía
Abaco	CD Compact	Experimenta	Lletra de Canvi	Revista de Occidente
Academia	El Ciervo	Foto-Video	Matador	Ritmo
ADE Teatro	Cinevideo 20	Gaia	Ni hablar	Scherzo
Afers Internacionals	Clarín	Generació	Nickel Odeon	El Siglo que viene
Africa América Latina	Claves de Razón Práctica	Grial	Nueva Revista	Síntesis
Ajoblanco	CLIJ	Guadalimar	Opera Actual	Sistema
Álbum	El Croquis	Guaraguao	La Página	Temas para el Debate
Archipiélago	Cuadernos de Alzate	Historia, Antropología y Fuentes Orales	Papeles de la FIM	A Trabe de Ouro
Archivos de la Fimoteca	Cuadernos Hispanoamericanos	Historia Social	El Paseante	Turia
Arquitectura Viva	Cuadernos de Jazz	Insula	Política Exterior	Utopías/Nuestra Bandera
Arte y Parte	Cuadernos del Lazarillo	Jakin	Por la Danza	Veintiuno
Atlántica Internacional	Debats	Lápiz	Primer Acto	El Viejo Topo
L'Avenç	Delibros	Lateral	Quaderns d'Arquitectura	Viridiana
La Balsa de la Medusa	Dirigido	Leer	Quimera	Voice
Bitzoc	Ecología Política	Letra Internacional	Raíces	Zona Abierta
		Leviatán	Reales Sitios	
			Reseña	

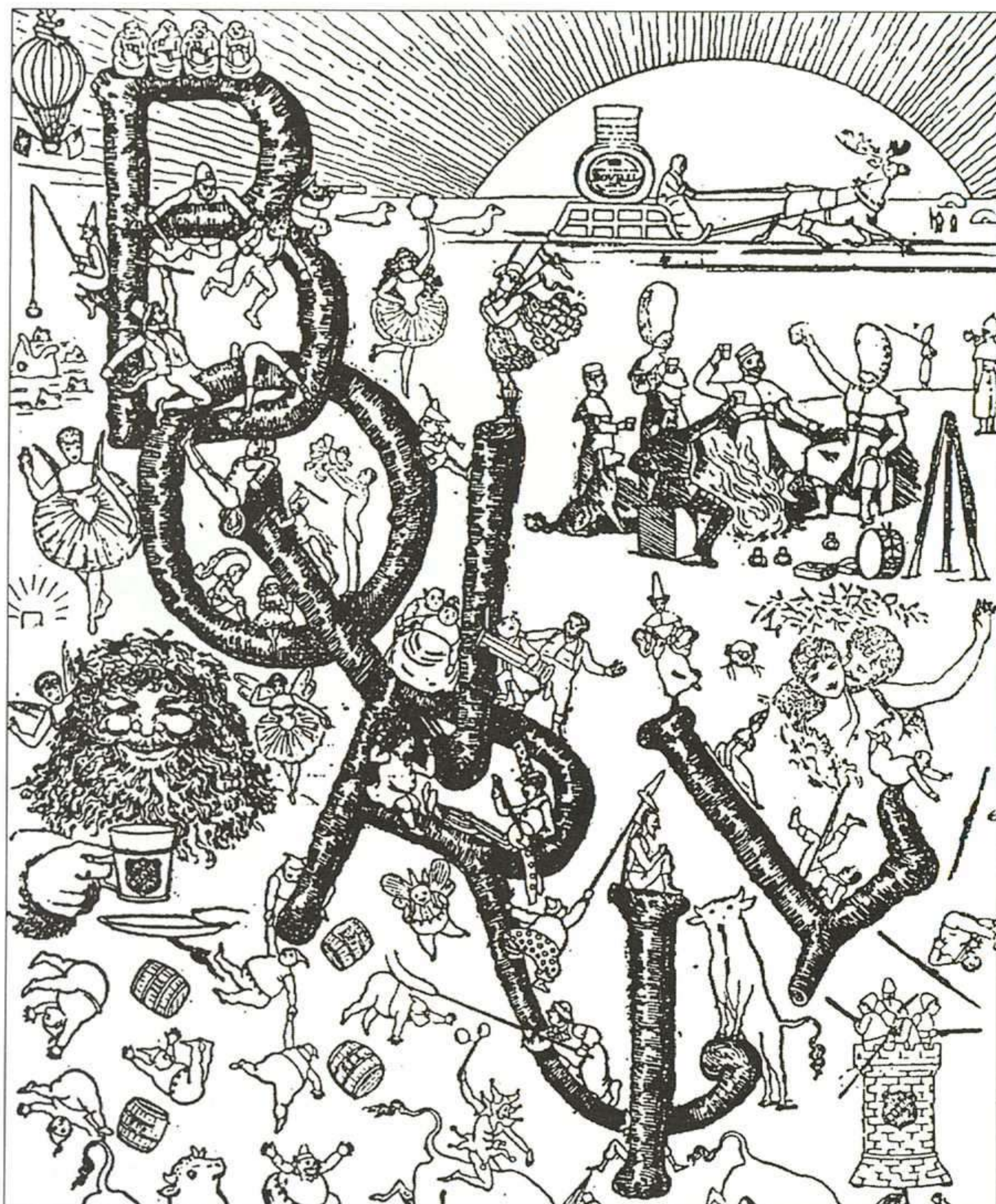


Asociación de Revistas  
Culturales de España

## Exposición, información, venta y suscripciones:

Hortaleza, 75. 28004 Madrid  
Teléf.: (91) 308 60 66  
Fax: (91) 319 92 67  
<http://www.arce.es>  
e-mail: [arce@infor.net.es](mailto:arce@infor.net.es)





lo mismo conversar con la gente de otros siglos (leer) que viajar». En principio Descartes no rechaza que viajar forme al individuo. Sólo por el hecho de contrastar lo cercano con lo lejano, lo propio con lo de los otros, tiene su currículo oculto y significativo, pero, a renglón seguido, sostiene que «el que emplea demasiado tiempo en viajar acaba por tornarse extranjero en su propio país; y el que estudia con demasiada curiosidad lo que se hacía en los siglos pasados termina por ignorar lo que ocurre en el presente». Más todavía: «Los que toman por regla de sus costumbres los ejemplos que sacan de las historias se exponen a caer en las extravagancias de los paladi-

nes de nuestras novelas y a concebir intentos superiores a sus fuerzas». Evidentemente, Descartes exagera, pero, si no lo hiciera, ¿comprenderíamos lo que dice?

Es verdad. Descartes es un tipo de lector al que tanto Azúa como Nietzsche deplorarían, porque es un lector pragmático, interesado, utilitarista. No deja nada a la aventurera y embriagadora improvisación. Sus lecturas como sus viajes son productivistas. Según sus palabras, viaja para buscar la ciencia «en el gran libro del mundo». Y, aunque, advierte, un poco impresionado, que el libro del mundo es mejor que la biblioteca porque contiene más verdad, también

confiesa que «mientras no hice más que estudiar las costumbres de los demás, apenas encontré en ellas nada seguro, y advertía casi tanta diversidad como la que había advertido antes entre las opiniones de los filósofos». La conclusión, es decir, la idea clara y distinta que andaba buscando, se le reveló de golpe: «Así que no más lecturas, no más viajes, no más enfrentar lo extraño, no más lo otro. Habrá que fijarse en la inmediata presencia de uno para sí mismo. Lo cual me dio mejor resultado, según creo, que el que pude obtener alejándome de mi país y de mis libros».

En Rousseau, las diatribas contra los viajes y los libros se han convertido ya en lugares comunes. Tanto los primeros como los segundos constituyen un serio peligro para la conformación moral del sujeto. En ellos, los vicios como las virtudes están tan arteramente mezclados que resultan muy difíciles de sortear y de aplicarse a ellas, respectivamente, con acierto: «No basta para instruirse con recorrer los países. Hay que saber viajar. Para observar hay que tener ojos, y volverlos al objeto que se quiere conocer. Hay muchas personas a quienes los viajes instruyen menos aún que los libros; como ignoran el arte de pensar, en la lectura su espíritu lo guía al menos el autor, mientras que en sus viajes no saben ver nada por sí mismos».

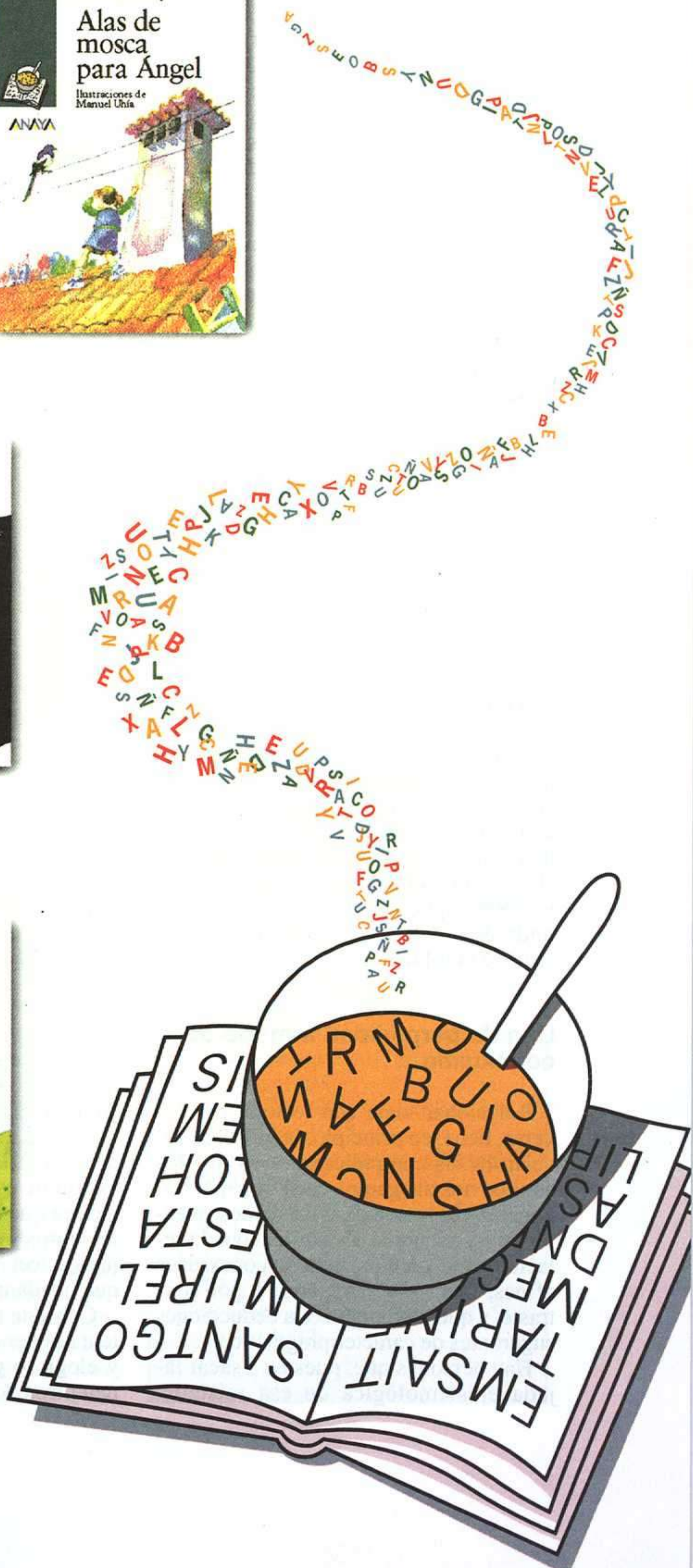
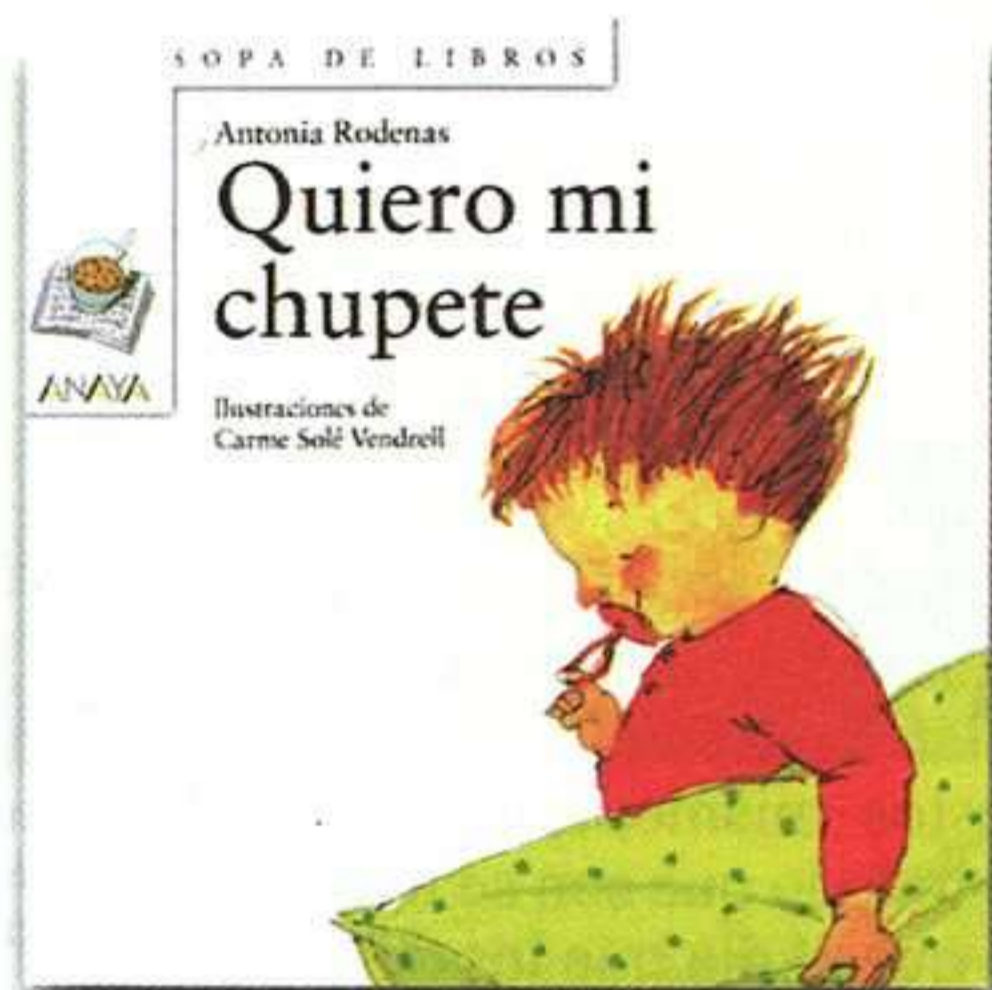
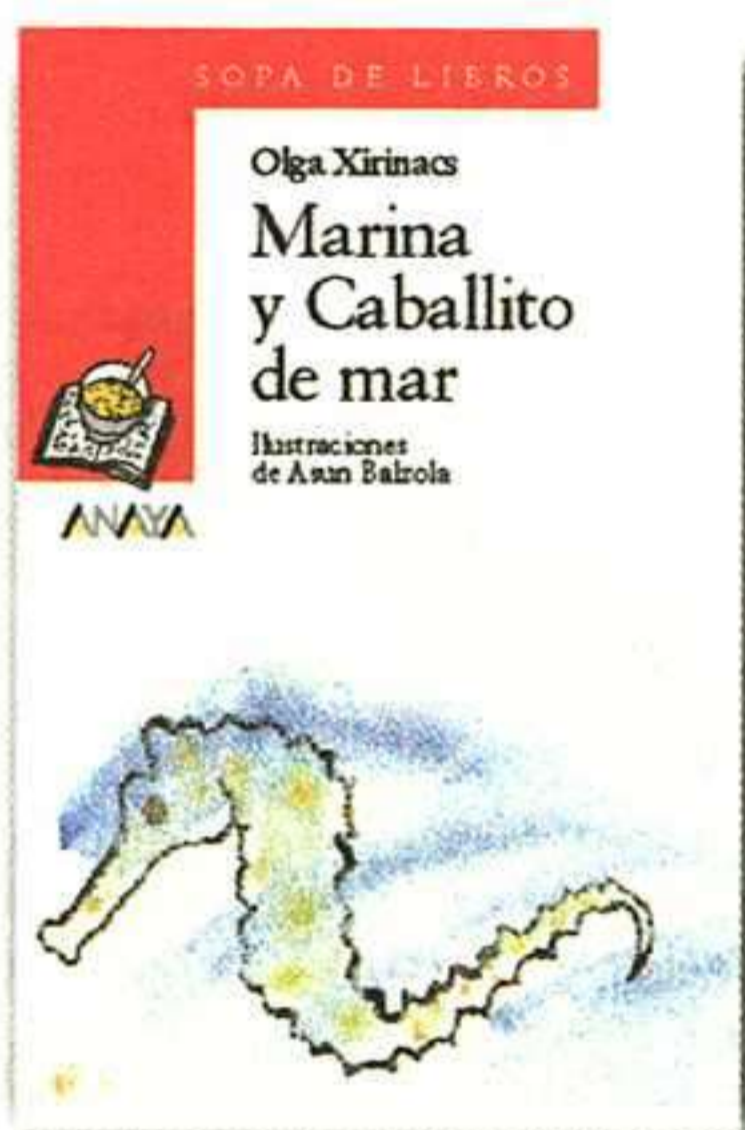
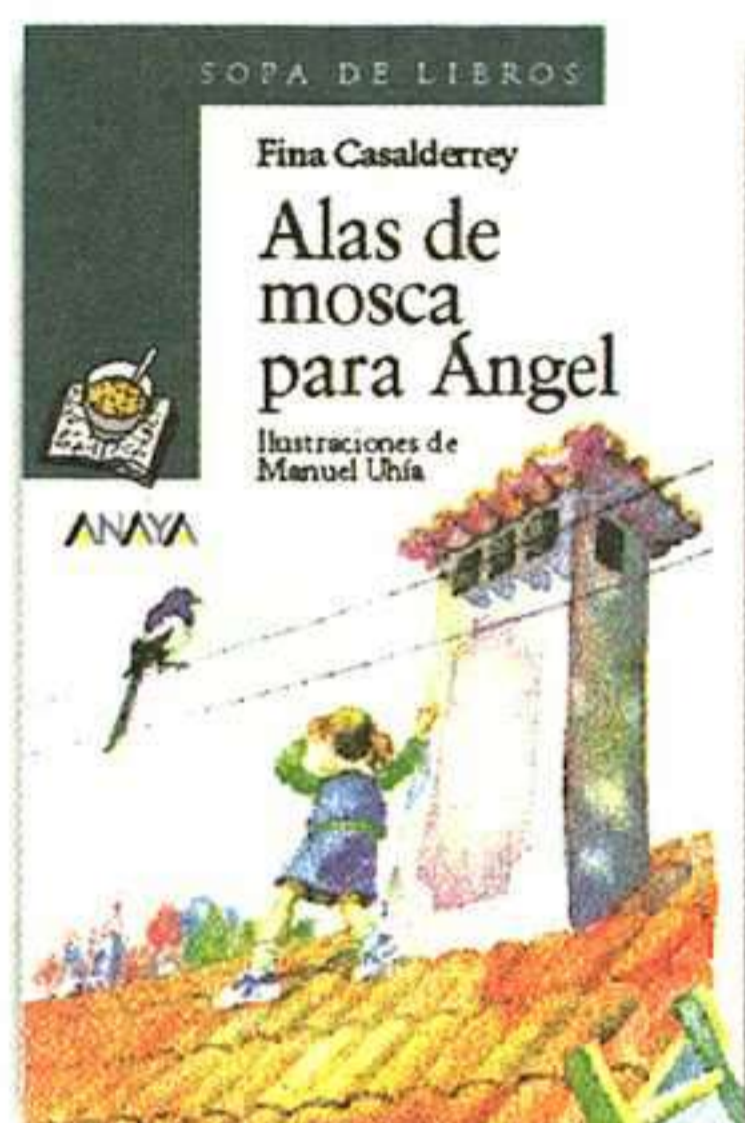
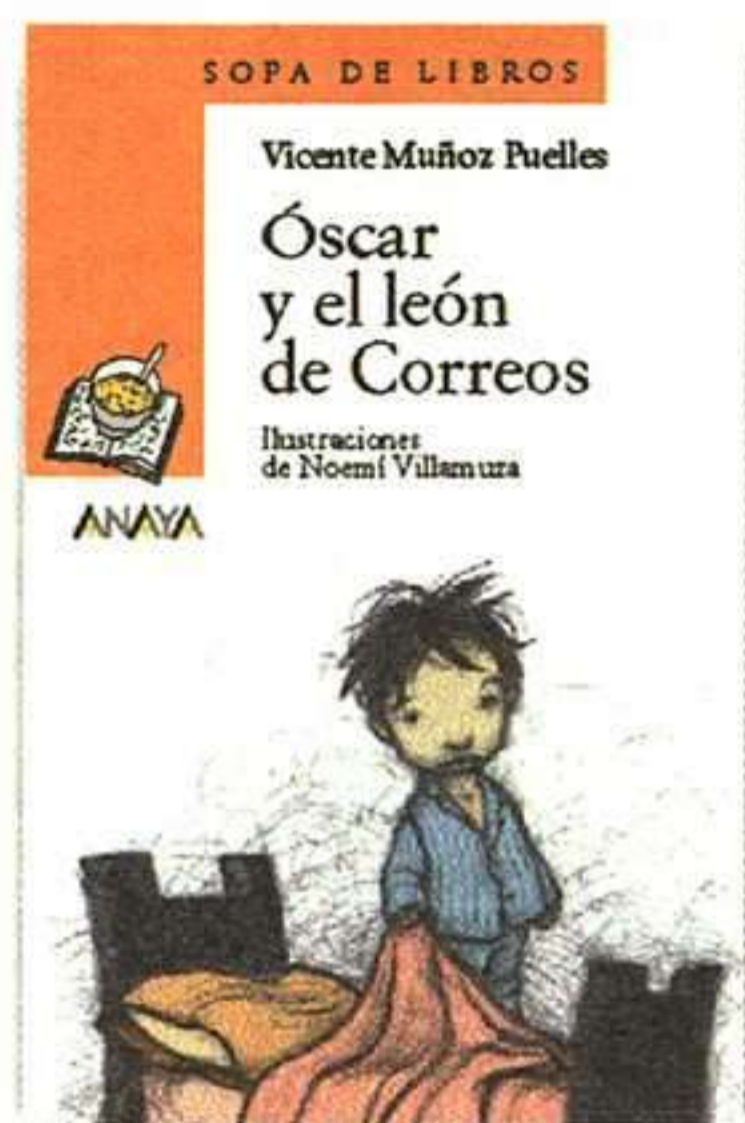
En cuanto a los libros, son archiconocidas sus arremetidas: «Aborrezco los libros porque sólo enseñan a hablar de lo que uno no sabe». Ya, en páginas anteriores había dicho: «Al suprimir de este modo todos los deberes de los niños, les quito los instrumentos que les torturan, que son los libros. El azote de la infancia es la lectura, y casi la sola ocupación que sabemos darle».

Las consideraciones de Rousseau son contradictorias y paradójicas: si para estar formado hay que leer y hay que viajar, ¿cómo obtendrá esa formación el sujeto si no viaja y si no lee? La respuesta es muy sencilla: viajando y leyendo bien. Y hacerlo bien sólo es posible si se hace acompañado, guiado y el aprendiz está sometido al saber propedéutico del adulto, quien, previamente, se supone, ha regresado de sus viajes y de sus lecturas hecho un dechado de virtudes. Sobre el regreso de los viajeros, convirti-



# SOPA DE LIBROS

Últimas novedades en una colección que abre las ganas de leer



ANAYA

30 años



dos en sabios y prudentes, recomiendo el escepticismo, no sé si lúcido o transparente, contenido en la novela de viajes *Juegos africanos* (Guadarrama, Colección Punto Omega), de Ernst Jünger. Y, en segundo lugar, sería bueno recordar los comentarios de Juan Benet a *La isla del tesoro*, sobre todo aquellas palabras referidas a Jim Hawkins, cuando regresa a Bristol. Sin duda que el joven Hawkins, advierte Benet, regresó más sabio y más experimentado, pero, también, mucho más triste. Claro que siempre habrá algún especialista que diga que la tristeza es vitola de personas inteligentes.

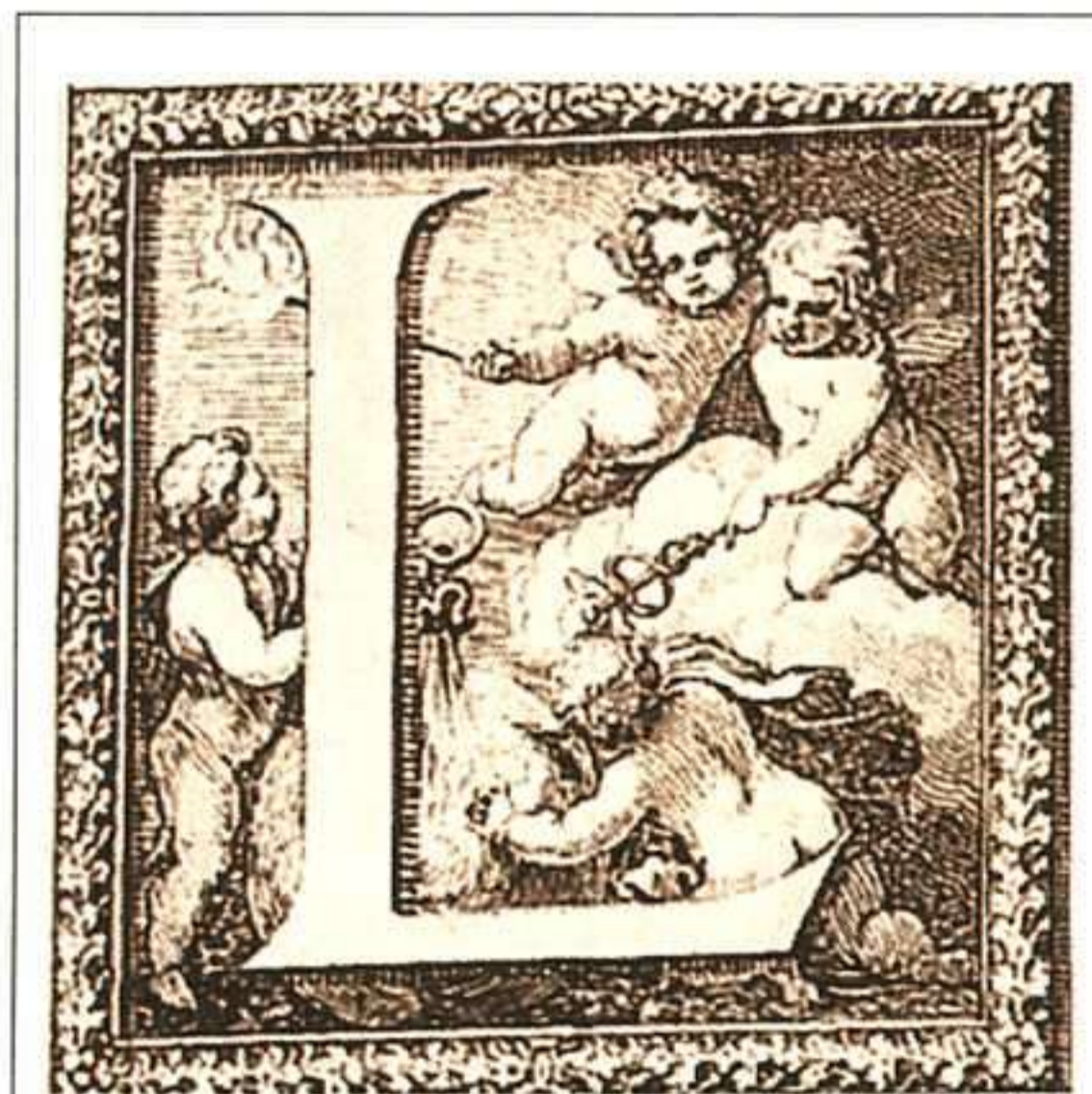
En este «viajar y leer bien» está el origen de toda la *pedagogización* e instrumentalización de la lectura que ha teñido, y tiñe, de obsesión productivista y moralizante los planes de enseñanza de todos los tiempos. Los planteamientos de Rousseau puede que nos den cierta dentera, pero, si se piensa en ellos con frialdad, se concluirá que están en la base de la mayoría de las propuestas didácticas lectoras que hoy abundan.

Los adultos consideramos que los niños estarán a salvo de desviarse del buen camino, si controlamos y animamos democráticamente sus lecturas; es decir, si se educan de acuerdo con el canon formativo que nosotros tenemos como bueno. Somos más rousseauianos de lo que aparentamos ser. En el principio, en el medio y en el final, no sólo se controla la lectura, sino al propio sujeto. Al fin y al cabo la lectura, como viaje o como verbena, sigue siendo un pretexto ilustrado de democrática y social colonización de la infancia.

### Una de perplejidad a modo de conclusión

Relacionar viaje con lectura, o viceversa, tiene, en principio, la virtud de revelarnos las contradicciones en que los adultos nos anegamos cada vez que nos ponemos en trance de avivar el deseo lector de los menores. Es curioso que la relación viaje y lectura concite conexiones afines, fuera por semejanza o por contraste, y que nos conduzca a deducciones sugerentes de carácter pragmático.

Hay personas que, puestos a sacar tajada epistemológica de esa relación,



plantean hasta modelos de leer y de viajar, que no sé hasta qué punto se ven encarnados en las personas que dicen defenderlos. Por ejemplo, sostienen, siguiendo a Nietzsche, que leer bien sería un viaje que no lleva a ningún sitio. También que este viaje-lector —si es auténtico— tampoco nos lleva a ningún poder, ni al conocimiento, ni hacia la humanización, ni hacia la más perfecta realización personal, ni al desarrollo de los más sacrosantos valores éticos o patafísicos. Que toda lectura que se instrumentaliza para tales menesteres, no puede ser de fiar. Y, después de decir esto, aseguran estos mismos puristas de la lectura que todo lo que son se lo deben a los libros y que el día que los demás dejen de leer serán menos que nada. ¿En qué quedamos?

Con este radical planteamiento, se intenta poner a la lectura en su más digno y elogioso pedestal, pero, como sostienen otros, lo que se hace es descolocar-

la por completo, vaciarla no sólo de contenido, sino de sus posibles e hipotéticos valores. Decir que la gracia de la lectura o del viaje lector consiste únicamente en abrir posibilidades y encuentros no significa gran cosa, aunque se pretenda decir mucho. ¿No sería más pertinente, alegan algunos, concretar qué tipo de chute metafísico, psicológico o ético específicos se mete uno en el cuerpo cada vez que abre un libro? Y decir que todo viaje lector no tiene una meta o que ésta es punto de partida, un eterno recomenzar, suena hasta a rechufla metafísica, porque nada sustantivo se dice en dicha frase para la comprensión del fenómeno que nos ocupa: el acto de leer. Lo mismo que la metáfora del viaje. Leer es viajar, ¿y? ■

\*Victor Moreno es profesor y escritor.

### Notas

1. Del prólogo a *La genealogía de la moral*, Madrid: Alianza, 1972, pág. 24.
2. *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*, Barcelona: Laertes, 1998, pág. 253. Este libro de J.J. Larrosa es el texto que, desde su primera edición (1996), más me ha ayudado a reflexionar sobre el acto de leer.
3. *Ecce homo*, «Por qué soy tan inteligente», Madrid: Alianza, 1971, págs. 41-49.
4. Para estas cuestiones véase el libro de Claudio Magris, *El anillo de Clarisse. Tradición y nihilismo en la literatura moderna*, Barcelona: Península, 1993, págs. 202-214.
5. Savater, F., *La infancia recuperada*, Madrid: Taurus, 1977.
6. Idem. Todas las citas entrecomilladas de este fragmento son del libro citado de Savater.
7. *El País*, 18-IV-1998.
8. *Discurso del método*, Madrid: Alianza, 1995, pág. 72.
9. Idem. pág. 73.
10. Idem. pág. 73.
11. Idem. pág. 75.
12. Idem. pág. 75.
13. Idem. pág. 76.
14. Rousseau, J.J., *Emilio, o De la Educación*. Prólogo, introducción y notas de Mauro Armiño, Madrid: Alianza, 1995, págs. 614-618.
15. Rousseau, J.J., *Emilio o De la Educación*. Introducción de H. Wallon, Barcelona: Fontanella, 1973, pág. 181.
16. Idem. pág. 143. Otra cita clásica de Rousseau es la siguiente: «El abuso de los libros mata la ciencia. Creyendo saber lo que se ha leído, uno se cree dispensado de aprenderlo. El exceso de lectura sólo sirve para hacer ignorantes presuntuosos. De todos los siglos de literatura, ninguno ha existido en el que se haya leído tanto como en éste, y en el que se fuese menos docto [...] Tantos libros nos hacen descuidar el libro del mundo, o, si todavía leemos en él, cada cual se mantiene en su hoja» (en la edición de Mauro Armiño, págs. 612-613).